

Había soñado muchas veces con esta entrada, incluso la había estudiado con detalle en la Escuela de Náutica, pero era la primera vez que llegaba a Nueva York. Amanecía.

El sol entraba con nosotros, a popa, en el ángulo de estribor. Semejaba que lo remolcábamos, que tirábamos de aquel precioso pecio con una malla de oro y cabos de alpaca. Entrábamos lentamente, casi al ralentí, y en proporción inversa al latido del corazón. Allí estaba, desperezándose a babor, ¡era ella!, la Estatua de la Libertad.

Lence, uno de los marineros, comentó en voz alta: «¡Pues sí que tiene buenas tetas!».

Recuerdo muy bien aquel día. Era el 24 de febrero de 1981. Atracamos en uno de los viejos muelles de Brooklyn. El sol se había soltado del amarre, centelleando sobre Manhattan, se había ido en busca de las hojas de vidrio de las altas torres, haciéndolas crecer todavía más. De otra manera, descendiendo en perfectas diagonales de sombra, también alargaba sobre el ras el frío vacío, arqueológico, de los gigantescos galpones portuarios. El práctico me explicó que aquellos pabellones habían sido almacenes de avituallamiento en la Segunda Guerra Mundial. Ahora eran agujeros negros en la constelación de la ciudad, que engullían y expelían ratas del tamaño de liebres.

Afuera todo parecía grande. Los ojos tenían que acostumbrarse a una nueva medición de la realidad, multiplicada la escala en la poderosa urbe. Había menguado el barco, que en una travesía es el centro del universo, y también nosotros nos habíamos achicado.

El propio práctico era de una corpulencia extrema, y por lo tanto, un hombre amistoso y hospitalario. Tenía, además, algo importante que contarnos. Desplegó ante mí un ejemplar del periódico The New York Times. En un gesto innecesario, me señaló la foto con el dedo. Yo ya me había fijado en ella, atraído el ojo por el imán fatal de nuestra historia. Un hombre uniformado, con mostacho y con tricornio, me miraba con fiereza y odio y me apuntaba con su pistola.

El periódico informaba de un golpe de Estado militar en España. Todavía no estaba claro si había triunfado o no. Leí el pie de foto. El personaje del mostacho, tricornio y pistola se llamaba Antonio Tejero, era teniente coronel, y comandaba las fuerzas que ocupaban el Congreso en Madrid y tenían secuestrados al presidente, al Gobierno y a

los diputados.

El práctico, con calmosa curiosidad, esperaba que leyésemos toda la información.

Pero no nos hacía falta. Era difícil explicarle que con la foto teníamos suficiente como para comprender la gravedad de lo que estaba pasando. Aquel rostro, aquella mirada, aquel arma, activaban una información que ya estaba impresa en nuestros genes.

— Franco comes back! —exclamó el práctico, como quien enuncia el título de una película.

— Yes. Again and again.

—Hay que llamar allá —dijo Muñiz, de Caramiñal—. Si éstos vuelven, yo pido asilo. Me quedo aquí. ¡Que les den mucho por el culo!

El práctico parecía interesado por nuestra reacción. Pero yo no estaba allí. Yo salía de la Escuela de Náutica, en A Coruña. Íbamos en pequeños grupos, procurando no llamar la atención. Era el 11 de marzo de 1972. El día anterior, la policía franquista había abierto fuego contra una manifestación obrera en Ferrol. En el suelo quedaron muertos dos trabajadores del astillero Bazán, Daniel Niebla y Amador Rey. Los heridos de bala se contaban por decenas. Nos llegaron noticias de salvajes tormentos a algunos detenidos. Ferrol estaba muy cerca, y mucho más para nosotros, que ya medíamos

interiormente las distancias por carta marina. Como quien dice, casi se podía sentir el eco de los disparos rebotando en el mar. Mientras caminábamos silenciosos, masticando el asco y la rabia, mirábamos extrañados cómo proseguía la rutina diaria en nuestra ciudad. En la Escuela de Náutica había un sentimiento muy extendido de oposición a la dictadura y hervían los sueños utópicos. ¿Por qué había anidado allí, precisamente allí, tanta inquietud si, más pronto que tarde, nuestro hogar sería el mar? Pronto le diríamos adiós a la tierra. Seríamos del partido de Ulises. Quizás era eso. Quizás la saudade se adelantaba al futuro. ¿Cómo marchar sin una Ítaca a la que querer volver?

Teníamos una urgencia. Eso era lo que nos hacía distintos. El enfrentamiento con la dictadura iba más allá de la política. Era una cuestión personal. Un día, en el encerado de clase, alguien había escrito con tiza, en el código internacional, la palabra libertad.

Lima India Bravo Echo Romeo Tango Alfa Delta

Permaneció allí mucho tiempo sin que nadie la borrara.

Para la gente de mar es pecado desoír una llamada de auxilio.

Por eso sé que este rostro me mira, amenazante, con espuma de odio en el blanco de los ojos. Como aquel otro hombre de loden, de abrigo verde, en la esquina de la calle Rubine con la plaza de Pontevedra el 11 de marzo de 1972.

Los grupos habían ido convergiendo en la plaza y, a una contraseña, cortamos el tráfico y comenzamos a gritar.

¡Abajo la dictadura!

Otra vez.

¡Abajo la dictadura!

Ahora.

¡Libertad, libertad, libertad!

En la esquina, en la acera, el hombre del abrigo verde me mira fijamente. Ojos y boca espumean odio. Agita el paraguas.

—¡Viva Franco! ¡A estudiar, a gritar al mar, cabrones! ¡Viva el Caudillo!

¿Y el resto? ¿Toda esa multitud de la acera? Silencio. También nos miran duramente. Silencio. ¿Y la chica que sostiene un ramo de dalias blancas? Ella también nos mira con desconfianza. Quizás tiene miedo de que pisoteemos sus dalias blancas.

Quizás no nos entiende.

¡Escucha! Posición:

Lima India Bravo Echo Romeo Tango Alfa Delta

¿Recibido mensaje? Cambio.

Repito posición:

Lima India Bravo Echo Romeo Tango Alfa Delta

Después de la retirada, cuando se acercaron las sirenas policiales, algunos procuramos refugio en un bar del Orzan. A esas horas, la carraca de la televisión golpea la sien. De repente, en la película, pero retumbando en aquel bar de bebedores solitarios, con olor a antigüedad desinfectada: «¡No disparen! ¡Fuimos nosotros quienes enviamos el mensaje en la botella! ¡No disparen!».

En el muelle de Brooklyn, el práctico está interesado en nuestras sensaciones.

—El sentido de la vergüenza.

No. Vergüenza no es la palabra más exacta.

—El miedo.

¿Miedo? Sí, eso es, miedo. Sí, estoy lejos, a salvo, pero la sensación es miedo.

Miedo en cada neurona, en cada célula del cuerpo.

Me va a blanquear de repente todo el pelo. Temo que el práctico se dé cuenta y anuncie impresionado el espectáculo por la bocina: «¡Miren, observen! ¡Su cabellera se está volviendo blanca!».

No estoy aquí. Soy el tío Eduardo.

Muchos años huido. Como un topo. Se acostumbró a la oscuridad, a la noche permanente en el desván. Su último refugio era un entablado bajo la cubierta del tejado.

Lo que él llamaba un nicho en el cielo. Durante un registro, uno de los guardias golpeó allí con la culata del mosquetón. Cuando se fueron, Eduardo salió del escondite y tenía el cabello completamente blanco. ¿Cómo se puede blanquear el pelo en unos minutos?

¿Qué anilina corre por la sangre cuando el miedo es tan atroz?

Cuando recuperó la normalidad, intentó asomarse a la vida, pero entonces le pusieron fama de lunático. No conseguía acostumbrarse a la luz del día. Se sentaba siempre en la penumbra, tan pálido, los ojos claros velados por una especie de gasa, con aquella aura del cabello albo, que semejaba un espectro, pero permanecía alerta y captaba los ultrasonidos, ruidos imperceptibles para nosotros, como el radar de un murciélago.

No está loco. No es cierto. Todo lo que dice es muy sensato. Y conserva el mejor sentido del humor, el de los cascarrabias, el de los viejos socarrones. Pero su fama de paranoico le viene por esa manía en asegurar que el dictador no ha muerto. Que es todo una trampa. No se trata en él de una ironía. Está convencido de que el dictador vive en alguna parte, quizás oculto en un hermoso pazo con camelias Lazo Negro y Vestido de Satán, y que bajo la losa del Valle de los Caídos está el último miembro de su guardia mora. Respira, toma chocolate, ve películas de Walt Disney, y, sobre todo, hace listas negras. Deja que media España se confíe para volver a aplastarla.

—¡Pero, tío! Se aprobó una constitución, hubo una amnistía, hay un rey que es un figura, el que gobierna es Suárez, elegido por el pueblo...

—¡Ajá! ¿Y quién es ese rey? ¿Y quién es Suárez?

—Franco murió, tío. Hace ya años. Comido por los gusanos. ¡Dale al interruptor de la cabeza! ¡Enciende la luz! Murió, la espichó, la palmó. Como tododíos. ¡Echa fuera ese maleficio! En el único lugar donde está vivo es dentro de ti. Se está alimentando con la caña de tus huesos.

Ladea la cabeza. Niega y niega.

—¡Ilusos! Sois todos unos pardillos. Os van a coger en las nubes. ¡Cazar como conejos!

Por fin vuelve Muñiz. Ha estado hablando por teléfono con España. Pletórico. Me da un abrazo.

—¡Esta vez no pasaron! El golpe fracasó. Por poco, pero fracasó. El Rey no se apuntó y les jodió la jugada.

El práctico nos da la mano y la enhorabuena. Se despide satisfecho. Hoy tendrá algo que contar a su mujer.

—Se olvida su periódico.

—Para usted. ¡Un souvenir de Nueva York!

Le echo la última mirada a la foto del espadón. Doblo el periódico como quien archiva una pesadilla.

—¡Jódete, cabrón!

También yo debería llamar a casa. Hablar con el tío Eduardo. Decirle: «¿Qué?

¿Echaste fuera ese demonio?».

Necesitamos un alivio. Fueron muchos días sin tocar puerto, y los hombres piden un respiro. El empleado de la agencia naviera recomienda que vayamos todos juntos.

Nueva York no es el mejor lugar para que una tripulación se disperse por ahí. Así que llama a una camioneta y nos lleva a un local con mujeres en Atlantic Avenue. Se llama The Big Country.

— Count, Kunt! —bromea el chófer.

—¿Y éste por qué se ríe? —pregunta Inda, el cocinero.

— Kunt es coño.

—¡Eso ya lo sé! ¡Está en el Hamlet!

The Big Country tenía una larga barra que se perdía en un fondo oscuro. La mayoría de las chicas eran sudamericanas y se armó pronto entre ellas y nosotros un ambiente de mucha folía, picardías y piropos que se entrelazaban en espirales de humo, en una creciente nebulosa que para nosotros tenía la forma de un sembrado de estrellas.

De repente, un zurriagazo desde el fondo. Y a continuación, el trueno de un vozarrón.

—¡Españoles!

No sé el porqué, pero sentí un escalofrío. Todas las chicas se habían callado y apagaron la sonrisa. Alguien tenía que acudir a aquel oráculo oscuro. Así que atravesé la línea de sombra. Un hombre muy grueso, con arrobos de grasa en el vientre, sentado entre cojines en una gran silla de mimbre. Era viejo, seguramente muy viejo, pero con la cara fofa y lampiña de un niño tragón de golosinas. Y de esa naturaleza eran sus manos, con los dedos hinchados. Acariciaba una fusta.

—¿Sois españoles, chico?

Su acento era cubano.

—Afirmativo.

—¿De qué parte de España sois, chico?

—La mayoría de Galicia, señor.

—¡Gallegos, gallegos! Yo también soy gallego. He dado unos cuantos tumbos por ahí delante, pero soy gallego. De cerca de Meirás. Donde veranea Franco, ¿tú sabes, chico?

—Franco murió hace años, señor.

Y añadí con vehemencia:

—¡Gracias a Dios!

El golpeaba con la fusta en la palma de la mano izquierda. De una manera pausada,

metódica, como la cuenta atrás de un reloj brutal.

—Así que tú eres de los que cree que Franco está muerto, ¿eh, muchacho?

Y luego soltó una carcajada que hizo temblar sus carnes fofas. Me marché sin despedirme. Eché a andar. La luz ya me había abandonado del todo cuando atravesé el inmenso descampado que me separaba del muelle. Los sin techo prendían hogueras en bidones metálicos para resistir en el ring de la noche. Con alegría, distinguí por fin la arquitectura más familiar, el escorzo de nuestro barco. Un veterano pero ágil carguero, con cicatrices en proa, como el morro de un boxeador. Apuré el paso. Él era mi Ítaca.

Mi verdadero país.